

DE LA SEMIOLOGÍA AL ANÁLISIS DEL DISCURSO

0. INTRODUCCIÓN. Durante las dos últimas décadas ha dominado la idea de que la lingüística, por ser la más rigurosa de las ciencias humanas, puede proporcionar la clave para la explicación de todas las actividades significantes, incluyendo las artísticas.

El planteamiento de Saussure de la semiología, ciencia de "la vida de los signos en el seno de la vida social", de la cual la lingüística es al mismo tiempo una parte y una guía metodológica, llevó a postular la existencia de semiologías particulares, cuya diferencia se debe a la sustancia sobre la que operan: así, se habla de semiología de la música, semiología de las artes plásticas, semiología de la literatura, etc. Al ser la lingüística su guía, modelo y método, la semiología se convierte en una extensión de la lingüística a otros dominios; esto conduce a los planteamientos extremos, pero bastante generalizados, como el siguiente:

Si la reflexión en los diversos dominios de la actividad humana tiende hacia una exactitud y un rigor sin precedentes, busca apoyarse sobre lo más racionalizado de esos dominios. Entre las ciencias que tratan sobre la práctica humana, es la lingüística la primera en constituirse como una ciencia exacta al limitar al máximo [...] el objeto que se da para estudio. Las ciencias humanas no tienen más que trasponer este método en los otros dominios de la actividad humana, comenzando por considerarlos como lenguajes. Vemos así que toda ciencia humana, implícitamente al menos, está unida a la semiótica, o, dicho de otra manera, que la semiótica como ciencia general de los signos y de los sistemas significantes, impregna a todas las ciencias humanas: la sociología, la antropología, el psicoanálisis, la teoría del arte, etc. (Jouyau 1969:285).

Fueron los rápidos avances en la lingüística los que hicieron creer a estos semiólogos o semiotistas que los supuestos,

procedimientos, conceptos y conclusiones de esta disciplina estaban lo suficientemente planteados y libres de problemas internos y de críticas, que podían adaptarse a cualquier campo de estudios y aplicarse casi sin reflexión.

En lo que respecta a las investigaciones artísticas, y en particular las literarias, en gran medida el acercamiento semiológico —es decir, lingüístico—, al estudiar la estructura, los signos mínimos, los rasgos pertinentes, las oposiciones binarias, etc., estudia todo menos lo específico literario, reduciendo con ello la práctica literaria a “un formalismo lingüístico haciéndonos creer que se ‘posee’ la obra como un dato fijo, sistematizable con la ayuda de procedimientos de archivista” (Stoianova 1978).

El mismo Jakobson ha recalcado que con el acercamiento lingüístico a la obra literaria se incurre en una petición de principio, pues:

el egocentrismo de los lingüistas que tienden a excluir de la esfera semiótica los signos organizados de manera diferente a los de la lengua, reduce de hecho la semiótica a un simple sinónimo de la lingüística. (Jakobson, 1975:49, 16).

Y sin embargo, no se pueden ignorar las fecundas aportaciones de la semiología a la literatura, la cual, al mostrar sus límites, abrió las puertas a la consideración de la obra artística como una práctica significativa, es decir, como un proceso productor de significación. El reconocimiento de estos límites y de la necesidad de sobrepasarlos desemboca (o desembocará) en una teoría del discurso en general y en teorías de los distintos tipos de discursos, incluyendo al discurso literario.

En este escrito me propongo hacer una breve reseña de cómo han sido considerados los procesos de significación por la lingüística y, por lo tanto, por la semiología; cómo la propia práctica literaria ha señalado los límites de esos puntos de vista, y cuáles son los caminos abiertos por investigaciones que permiten salir del *impasse* de la semiología para llegar al análisis del discurso.

1. LA SIGNIFICACIÓN EN LA LINGÜÍSTICA ESTRUCTURAL. La lingüística reveló que la lengua es un sistema arbitrario de diferencias, en el que sus elementos adquieren significado por las relaciones que mantienen con los demás elementos del sistema. Por lo tanto, considera que los significados no son inherentes, naturalmente dados a los elementos que componen el sistema, sino que más bien el significado es algo que se adquiere a través de un proceso: el proceso de significación. Esta concepción, a menudo olvidada o marginada, proviene de Saussure, cuya postura inicial fue imponer un orden a la masa de actos de habla que forman un lenguaje; y eso lo hizo por medio de la distinción entre la lengua, es decir, el sistema, y el habla o acto individual de realización de este sistema. La lengua, la estructura, es la sistematicidad que informa cada acto de habla, es un sistema virtual que sólo existe porque son comprensibles las expresiones potenciales.

A partir de la producción del concepto de lengua, la tarea de la lingüística ha sido estudiar y describir la realidad lingüística y analizar la lengua en sus elementos formales. Su principio fundamental es que la lengua es un sistema, es decir, "una disposición sistemática de partes. Se compone de elementos formales articulados en combinaciones variables, según ciertos principios de estructura" (Benveniste 1972:23). La lengua es, pues, una estructura, un conjunto articulado de elementos o unidades, donde cada uno de ellos se define por las relaciones que mantiene con las demás y por las oposiciones en que participa. Los datos de la lengua no valen por sí mismos, no son hechos objetivos o magnitudes con valor: sólo tienen valor en tanto elementos de una estructura:

Es primero que nada el sistema el que hay que deslindar y describir. Se elabora así una teoría de la lengua como sistema de signos y como arreglo de unidades jerarquizadas (Ibid.).

Esto es lo que Saussure hace en el *Curso*, y para ello parte de la noción de signo, base de la lingüística estructural. Los signos son los elementos de la estructura de la lengua. Estas

unidades participan de dos planos, el sintagmático y el paradigmático; el estudio formal de la estructura de la lengua consiste en describir las relaciones que mantienen los signos en cada uno de esos planos. Esto hace que el estudio de la lengua sea deductivo y no inductivo; es decir, describir una lengua no es examinar los potencialmente infinitos hechos lingüísticos, sino encontrar sus unidades y caracterizar su estructura por medio de sus leyes.

Saussure separó los dos modos de análisis con el propósito de combatir el historicismo dominante en la lingüística del siglo XIX, pero, en la actualidad, mantener esa separación equivale a no ver la productividad del lenguaje, pues separa el proceso del resultado, el significado de la significación. El mantenimiento de la separación ha hecho que los estudios de lingüística se concentren en el análisis de lo paradigmático, con nefastas consecuencias especialmente en la semántica.

Este énfasis en lo paradigmático ha conducido a que todas las escuelas desarrolladas a partir de Saussure vean al lenguaje como una síntesis lógica, como algo que sirve únicamente para la comunicación; ven la lengua como un objeto formal, como una disposición sistemática de elementos. Con esto no explican sino que sólo describen el lenguaje: lo reducen a algo estático y sin historia y, en ese mismo movimiento, eliminan toda consideración acerca del sujeto, pues, o bien se lo ignora, o bien se considera simplemente como un "usuario del lenguaje".

El estudio de los procesos de significación conduce a plantear las relaciones entre lenguaje y sociedad y entre lenguaje e individuo; no obstante, el análisis de estas relaciones ha sido bloqueado casi sistemáticamente, pues los textos de lingüística se limitan a decir que "la lengua es una institución social", para olvidarse inmediatamente de ese problema. Es decir, esa afirmación les sirve como coartada para que no se les reproche que tratan al "sujeto hablante" como algo abstracto, como una entidad lingüística que ignora toda dimensión social.

Frente a estos lingüistas "puros" está el trabajo casi solitario de Benveniste: desde 1963, en un artículo sobre el des-

arrollo de la lingüística, establece que nuestro conocimiento del mundo está determinado por la expresión; es decir, que el lenguaje reproduce el mundo, aunque lo organiza a su manera: "la forma del pensamiento es configurada por la estructura de la lengua. Y el lenguaje a su vez revela en el sistema de sus categorías su función mediadora" (1972:27).

Individuo y sociedad se determinan mutuamente en la lengua y por la lengua; ambos están fundados en la lengua. Y esto es así porque:

el lenguaje representa la forma más alta de una facultad que es inherente a la condición humana, la facultad de simbolizar [es decir] de representar lo real por un signo y de comprender el signo como representante de lo real; así, de establecer una relación de significación entre una cosa y algo otro. [Sic] (Ibid.)

Por otro lado, entre el hombre y el mundo y entre el hombre y los demás hombres no hay una relación inmediata sino que es necesario un intermediario; este intermediario es "el aparato simbólico, que ha hecho posible el pensamiento y el lenguaje". La facultad de simbolizar, o sea, la facultad de lenguaje, siempre se realiza en una lengua determinada, propia de una sociedad; por esa razón lengua y sociedad son inseparables; ambas, dice Benveniste, son aprendidas: el niño nace y se desarrolla en una sociedad: "la adquisición del lenguaje es una experiencia que va a la par en el niño con la formación del símbolo y la construcción del objeto". Por medio del lenguaje se le despierta la conciencia del medio social en que se encuentra y por medio del lenguaje se conforma a este medio, y al hacerlo se integra a la cultura: la cultura es inherente a la sociedad y consiste en una serie de nociones, prescripciones y prohibiciones; es un fenómeno simbólico, un conjunto complejo de representaciones "organizadas por un código de relaciones y de valores: tradiciones, religión, leyes, política, ética, artes", es decir, todo lo humano, todo lo que dirige su comportamiento en todas las formas de su actividad. Todo este universo de símbolos se manifiesta y transmite por medio del lenguaje.

Tampoco escaparon a Benveniste los problemas sobre la constitución del sujeto, pues en 1958 postulaba que: "Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como sujeto; porque el solo lenguaje funda en realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto de 'ego'" (1972:180). El sujeto surge en el discurso, pues "es en la instancia del discurso en que yo designa el locutor donde éste se enuncia como sujeto" (182).¹

Las preocupaciones de Benveniste sobre lo simbólico y sobre las implicaciones lenguaje-sociedad y lenguaje-sujeto fueron prácticamente ignoradas tanto por la lingüística —al menos en lo que concierne a la disciplina de la significación, la semántica— como por la semiología. Más tarde serán retomados desde posiciones teóricas distintas para incorporarlas a la teoría del discurso.

2. LA PRIMERA SEMIOLOGÍA. La definición más general de semiología —o semiótica— es la de ciencia de los signos. Aunque el nombre de esta disciplina es relativamente reciente, ya desde los orígenes del pensamiento filosófico el signo fue objeto de atención: el estudio de los signos fue abordado desde la Antigüedad. Aunque la especulación parte de los estoicos, fue san Agustín el primero en desarrollar una verdadera teoría del funcionamiento de los signos como prope déutica a su teología (cf. Todorov 1977).

Jakobson, en un reciente ensayo, menciona dos tradiciones o dos líneas en el desarrollo de la semiótica, entendida ésta como ciencia de los signos, es decir, como sinónimo de semiología. La primera va de John Locke, en el siglo xvii, quien emplea la palabra semiótica para designar la doctrina de los signos entre los cuales están las palabras. Bolzano, en el siglo xix, define el signo como "un objeto por medio

¹ Ya en 1929, Voloshinov planteaba esto mismo al hablar de la palabra como acto de dos caras: la palabra, dice, "está tan determinada por quien la emite como por aquel para quien es emitida. Es el producto de la relación recíproca entre hablante y oyente, emisor y receptor. Cada palabra explica el 'uno' en relación con el 'otro'. Yo me doy forma verbal desde el punto de vista del otro, y en definitiva, desde el punto de vista de la comunidad a que pertenezco" (Voloshinov 1976:108).

de cuya representación queremos ver renovada en un ser pensante otra representación vinculada con la primera" (Jakobson 1975:48, 8). Husserl hace un intento a fines del siglo pasado de clasificar las categorías de los signos y de responder a la cuestión de en qué sentido la lengua —el más importante de los sistemas de signos— favorece el pensar al mismo tiempo que lo obstaculiza. Peirce por su parte dedicó casi toda su vida al estudio de la naturaleza de los signos. Dice Jakobson:

El edificio semiótico de Peirce engloba toda la multiplicidad de los fenómenos significativos, sea un golpe en la puerta, una huella de pasos, un grito espontáneo, un cuadro o una pieza de música, una conversación, una meditación silenciosa, un escrito, un silogismo, una ecuación de álgebra, un diagrama geométrico, una veleta o un simple registro. (1975: 48, 9.)

En esta tradición que desemboca en Peirce, la semiótica tuvo un papel eminentemente epistemológico pues, aunque sobre una base empirista, se postulaba como la teoría de las categorías generales del pensamiento científico.

Mientras Peirce sistematizaba las bases de la semiótica como una doctrina "casi formal" del signo y procedía al desarrollo de un complejo sistema de clasificación, en Europa Saussure anunciaba el nacimiento de la semiología para inscribir en ella a la lingüística. Aunque en el fondo de las concepciones de Peirce y de Saussure estén las reflexiones de los estoicos, se puede decir que pertenecen a tradiciones distintas pues la actitud de Saussure hacia la ciencia de los signos, así como la asignación del nombre de semiología

quedan enteramente fuera de la gran corriente indicada por los nombres de Locke, Lambert, Bolzano, Peirce y Husserl. Se puede dudar incluso que haya conocido sus investigaciones. (Jakobson 1975:49, 13).

En lo que respecta al sistema de signos más importante —el de la lengua— Peirce no hace formulaciones específicas; nunca se interesó en su funcionamiento, si es que llegó

a prestarle atención. "Saussure se presenta, de plano, tanto en la metodología como en la práctica, en el polo opuesto de Peirce. En Saussure la reflexión procede a partir de la lengua y la toma como objeto exclusivo" (Benveniste 1977: 48-49). Para Saussure, a diferencia de Peirce, la noción de signo es lingüística pero puede extenderse a otros órdenes humanos y sociales.

Y sin embargo, las dos líneas de reflexión, la de Peirce y la de Saussure, no están tan separadas. Se dice que sus diferencias se centran en la tesis sobre el carácter del signo ideal: en el *Curso* se establece que "los signos enteramente arbitrarios son los que mejor realizan el ideal del procedimiento semiológico" (Saussure 1978:131); sin embargo, Jakobson no está seguro que esa sea la opinión de Saussure, pues "en vano se buscaría en las notas de sus estudiantes la afirmación que le atribuye el texto de Bally y Séchéhaye [...] (1975:49, 15).

Por otra parte, más importante que el concepto de signo —entidad formada por un significante y un significado— que ya estaba presente en los estoicos, el mayor aporte de Saussure es el concepto de valor. Este concepto también puede encontrarse en Peirce, aunque sea implícitamente y no referido sólo a la lengua: en la idea de semiosis infinita, es decir, que para describir un interpretante haya que utilizar otros signos; con esto coloca cada signo en una posición del sistema que depende de las posiciones de los demás signos.

La diferencia entre la semiología de Saussure y la semiótica de Peirce se vería más bien en que, aunque los proyectos de ambos tengan en común la voluntad de hacer de sus respectivas disciplinas la ciencia general de los sistemas de signos, en Saussure es más importante la búsqueda de un rigor metodológico que en Peirce, quien está más preocupado por la descripción empírica. Pero esta búsqueda de rigor es la que conduce a Saussure a subordinar el campo semiológico al modelo de la lingüística.

Tal como se proponía en el *Curso*, la semiología tendría por objeto todo sistema de signos, cualquiera que sea su sustancia: imágenes, gestos, sonidos, etc., es decir, todos los

sistemas de significación.² Desde entonces, la lingüística ha evolucionado continuamente mientras que la semiología permaneció los siguientes cincuenta años prácticamente tal como fue enunciada. Este escaso desarrollo no se debió tanto al hecho de que toda ciencia crece muy lentamente en sus inicios, sino más bien a la inseguridad de sus conceptos elementales.

La publicación del número cuatro de la revista *Communications* en 1964, dedicado a la semiología, abrió el camino a la investigación sobre materias diferentes a la lengua. Barthes sostiene en la presentación que muy difícilmente se realizará el proyecto de Saussure con la subordinación teórica de la lingüística a la semiología; y esto es así porque "no es del todo seguro que en la vida social de nuestro tiempo existan, además del lenguaje humano, otros sistemas de signos de relativa amplitud [...] los conjuntos de objetos (vestidos, alimentación), sólo adquieren la categoría de sistema al pasar por el relevo de la lengua, que deslinda sus significantes (bajo la forma de nomenclaturas) y nombra sus significados (bajo la forma de usos o razones)". (Barthes 1976:11-12.) Esta subordinación de los significados no lingüísticos al lenguaje es lo que sostiene toda la concepción de Barthes y de la escuela francesa, es la condición de su posibilidad, el principio de su coherencia.

Al trabajar sobre sustancias no lingüísticas, la semiología encontrará siempre en su camino al lenguaje, no sólo como modelo sino como significado. En resumen, Barthes en esta época concibe la semiología como una especie de translingüística de la que todas las sustancias significantes son su materia; de allí la inversión de la proposición de Saussure: "La lingüística no es una parte, ni siquiera privilegiada, de la ciencia general de los signos, es la semiología la que es una parte de la lingüística: precisamente esa parte que se haría cargo de las grandes unidades significantes del discurso". (*Ibid.*)

² Sobre este aspecto, Benveniste señala que "el carácter común a todos los sistemas y el criterio de su pertenencia a la semiología es su propiedad de significar o significancia, y su composición en unidades de significación o signos" (Benveniste 1977:55).

Saussure da prioridad a la lingüística sobre otras regiones de la semiología por haber sido la primera en desarrollar un modelo teórico; eso conduce a Barthes a ver la lingüística como la que establece las leyes generales, válidas para todas las demás regiones. Tal vez ese privilegio del signo lingüístico se deba a que para Saussure —o para los redactores del *Curso*— el carácter arbitrario es lo más cercano al ideal semiológico; como los signos lingüísticos son los de naturaleza más arbitraria, ocuparán por lo tanto el primer lugar en la jerarquía.

Todas las investigaciones semiológicas de los años sesenta están dominadas por esta concepción: las de la moda (Barthes), del cine (Metz), del relato (Bremond, Todorov), la prensa, etc. La significación en todos esos sistemas se encuentra siempre determinada por la significación lingüística; y como la lingüística tiene una rama que se ocupa de la significación —la semántica— es a ella a la que se acude para encontrar las significaciones. Pero la semántica, sea estructural o generativa, pretende ser autónoma, inmanente, trascendental, a pesar de que sus unidades mínimas, llámense semas, rasgos de significación, o marcadores semánticos, son siempre resultados de la intuición.

En gran medida, la última frase del *Curso* de Saussure es responsable de este estado de cosas: "La lingüística tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma y por sí misma" (p. 364). Este pasaje —apócrifo según Calvet (1975:31)— que niega los elementos exteriores que intervienen en la lengua, como son los hechos sociales, políticos, etc., constituye el punto de apoyo de toda la lingüística estructural.

En el centro del problema de la significación está la cuestión del sujeto. Ni la semántica estructural ni la generativa la abordan de frente: la primera simplemente lo ignora; la segunda aunque lo toma en cuenta, lo reduce a las dimensiones de un modelo. Ambas responden al problema de la significación con dos palabras casi mágicas: la estructura una, la competencia la otra. Pero

responder por la estructura es afirmar: el lenguaje funcio-

na como un instrumento de significación del que hay que describir la mecánica. Y se olvida de golpe la sociedad, el individuo y las múltiples funciones del lenguaje. Responder por la competencia, es poner seguramente el acento en el individuo, en individuo productor, pero llevado al estatuto de modelo de producción, fuera de sus determinaciones psicológicas y sociales. En los dos casos, abstracción, y en consecuencia, supresión de la historia. (Calvet 1975:78.)

La semántica estructural considera la significación como un resultado no como un proceso; la ve como algo interno al signo, como algo que ocurre entre su parte sensible y su parte inteligible. Si no se considera la significación como un proceso sujeto a determinaciones múltiples, como un proceso continuo y cambiante, sino como un resultado fijo de una vez y para siempre, eso equivale a reducir el lenguaje, que es una práctica significante, a un mero formalismo lingüístico; y esto es aún más notorio en otras prácticas, como la literaria. Limitar las investigaciones en literatura al modelo lingüístico, como en gran medida lo ha hecho la semiología literaria, es de entrada quitarles su especificidad.

El uso del modelo lingüístico en procesos significantes con sustancias diferentes fue promovido por Barthes en libros como *Sur Racine* y *El sistema de la moda*; pero sobre todo, el punto de partida es *Elementos de semiología*, libro teórico que pudiera considerarse el "manifiesto semiológico" por haber hecho explícitas las condiciones, es decir, la inversión del postulado de Saussure; sin embargo, muy pronto dejó atrás esa posición, como él mismo afirma:

Al haberme permitido Saussure definir la ideología (al menos yo lo creí así) por el esquema semántico de la connotación, creí entonces con ardor en la posibilidad de integrarme a una ciencia semiológica: atravesé un sueño (eufórico) de cientificidad (del cual *El sistema de la moda* y *Elementos de semiología* son los residuos) [...] Si bien es cierto que la lingüística ofreció el cuadro operatorio de la semiología, ésta sólo se modificó y profundizó bajo la luz de otras disciplinas, de otros pensamientos, de otras exigencias: la etnología,

la filosofía, el marxismo, el psicoanálisis, la teoría de la escritura y del texto. (Thibaudeau 1974:56-58.)

Ese sueño de cientificidad aún está vigente en gran cantidad de investigadores, pero la garantía de esa cientificidad se basa en un silogismo cuya premisa es falsa. Este razonamiento sería: la lingüística es una ciencia; la semiología tiene como modelo la lingüística; por lo tanto la semiología es científica. Algunos investigadores, como Todorov, quienes en gran medida permanecen en la problemática de la inversión de Barthes, sólo reconocen a la semiología dos caminos: el de Peirce, que es partir de los signos no lingüísticos para encontrar el lugar del lenguaje, "pero esos signos no se prestan a una determinación precisa, o se revelan incapaces de esclarecer el modo de ser del lenguaje", o el de Saussure, que es partir de la lengua para estudiar los demás sistemas, "con el riesgo de imponer a fenómenos diferentes el método lingüístico, reduciendo así la actividad semiológica a un acto de denominación". (Todorov 1976:110.)

La tentativa de aplicar el modelo de la lingüística a sistemas cuyas materias son distintas a la lengua, aun en el caso de que la lengua sea su sustento, como es el caso de la literatura o de los mitos, lleva al atolladero que señala Todorov; trasplantar simplemente las nociones lingüísticas a otras prácticas significantes puede ser atractivo como ejercicio, pero los resultados a nivel de la significación son muy escasos. Un acercamiento de esta naturaleza a procesos como los artísticos pone en cuestión la noción de signo y exige una transformación de esta noción para dar respuesta a preguntas como las siguientes: ¿Es aplicable la noción de signo fuera de la lengua? Si no lo es, ¿es necesario remplazarlo con otra unidad significativa? ¿Se requiere efectivamente la delimitación de las unidades mínimas de significación en esos otros sistemas? ¿Necesariamente los procesos significantes como los literarios poseen un sistema subyacente? Todas estas preguntas problematizan la existencia misma de la semiología, al menos de la semiología que parte de la lengua. Dice Todorov:

Toda semiología construida a partir del lenguaje debe renunciar al estudio del problema de la significación no lingüística; sólo puede ocuparse de la significación lingüística, por la cual reemplazará subrepticamente su verdadero objeto. Las trabas con que tropieza la semiología no existen en el nivel de su objeto (que sin duda existe), sino en el nivel del discurso, que vicia con lo verbal los resultados de sus investigaciones. (1976:111.)

Hay que tomar con reservas la afirmación acerca de la existencia del objeto; la prueba de ello es que Todorov, para salir de este punto muerto, recurre a un simbolismo abstracto que no toma en cuenta más que a nivel intuitivo lo histórico, lo social, lo inconsciente, etc.

En la búsqueda de una definición de semiología, o más bien de una delimitación de su dominio, Nattiez examina tres vertientes: una, la de Saussure y Barthes, llama semiológico todo análisis que trate de describir un dominio cualquiera con ayuda de métodos lingüísticos; la segunda, que está ligada al empirismo, pragmatismo, positivismo o neokantismo, es la de Cassirer, Peirce y Morris, quienes hablan del carácter semiológico de los sistemas lógico-matemáticos y el papel de las representaciones simbólicas más o menos formalizadas en la construcción del discurso científico. La tercera vertiente es la llamada semiología de la comunicación y sostenida por Buyssens, Prieto y Mounin; para ellos, la semiología se limita al estudio de las señales, es decir, de los signos producidos con intención de comunicar. Nattiez considera que la semiología no tiene objeto, ya que está "disuelta en la filosofía, asimilada a la acción misma de la formalización científica, confundida con los diversos 'estructuralismos'", y que por lo tanto "parece haber perdido toda especificidad" (Nattiez 1974:13).

3. LÍMITES DE LA SEMIOLOGÍA. Una de las primeras aplicaciones del modelo lingüístico al estudio de otras disciplinas es el que realiza Lévi-Strauss en antropología. En 1949 en su libro *Estructuras elementales del parentesco*, define los principios básicos del análisis estructural; estos son: la lógica in-

terna, es decir, la estructura, está por debajo de las apariencias; la investigación teórica, pasando por la experiencia inmediata, es el medio de acceso a las estructuras básicas; el método de investigación se basa en la lingüística estructural. (Lévi-Strauss 1967.) En ese libro es esencial el concepto de signo y el interés del autor no es sólo analizar la transmisión de los signos socialmente utilizados, sino más bien se trata de considerar las estructuras de parentesco como sistemas simbólicos, es decir, que las disposiciones estructurales son productoras de significación.

Lévi-Strauss piensa que toda cultura es un conjunto de sistemas simbólicos, entre los cuales se encuentran el lenguaje, las relaciones económicas, las relaciones de parentesco, el arte, la ciencia y la religión. Su método de análisis está más explícito en un libro posterior. Los pasos de este método son:

1. Definir el fenómeno que vamos a estudiar como una relación entre dos o más términos reales o virtuales.
2. Construir el cuadro de permutaciones posibles entre estos dos términos.
3. Tomar este cuadro como objeto general de un análisis que, a este nivel solamente, puede llegar a establecer conexiones necesarias, puesto que el fenómeno empírico contemplado al momento de partir no era sino una combinación posible entre otras, cuyo sistema total debe ser previamente reconstruido. (Lévi-Strauss 1965:30.)

Este es el método que utiliza para analizar los sistemas de parentesco y el de los mitos. En los sistemas de parentesco no toma en cuenta los términos como hermano, madre, etc., sino las relaciones que éstos mantienen entre sí; al analizar los mitos, muestra que no pueden comprenderse en sí mismos sino —de la misma manera que el lenguaje— como un corpus de diferencias y de oposiciones. Se trata en el análisis de

desprender, gracias al contexto, su significación relativa [de un mito particular] en un sistema de oposición dotado de un valor operatorio. Los símbolos no tienen un significado

intrínseco e invariable, no son autónomos con respecto al contexto. Su significado es ante todo de oposición (Lévi-Strauss 1968:62).

Llega a hablar de la "verdad" de un mito, que podemos entender como su significación relativa:

La verdad del mito no reside en un contenido privilegiado. Consiste en relaciones lógicas desprovistas de contenido, o más exactamente, cuyas propiedades invariantes agotan su valor operatorio, puesto que relaciones comparables pueden establecerse entre los elementos de numerosos contenidos diferentes. (*Ibid.*: 238.)

No considerar los términos sino las relaciones entre los términos: esta premisa de Lévi-Strauss y del estructuralismo en general trae como consecuencia un vuelco en las concepciones idealistas del sujeto: los seres humanos ya no pueden considerarse como sujetos trascendentales que operan desde fuera de los sistemas; por el contrario, son los sistemas los que los definen. Los sujetos no son sujetos totales y completos que manejan los sistemas a voluntad; más bien son los sistemas, las estructuras, los que definen al sujeto en su juego de transformaciones. Este es uno de los grandes méritos de Lévi-Strauss: haber mostrado que el sujeto humano no es homogéneo y que no posee el control absoluto sobre sí mismo,³ haber mostrado que el sujeto está constituido por una estructura cuya existencia se le escapa; es decir, demostró que el sujeto está sujeto a la estructura, que está constituido por el símbolo.

La posición de Lévi-Strauss de considerar la estructura como capaz de producir las significaciones debería desembochar en la consideración del sujeto como constituido por y en una relación imaginaria con respecto a las relaciones

³ También hay quienes consideran, apelando a un humanismo sospechoso, que Lévi-Strauss "deja a un lado lo que es propio del hombre: la libertad, con su poder irreductible de invención, que ninguna estructura podría determinar. El sujeto humano utiliza las estructuras, no es dominada por ellas[...] Existe la libertad, el sujeto libre, la persona que hace uso de la estructura y no se confunde con ella" (Corvez 1972:83-84).

reales que lo producen. Y esto a su vez implica tomar en cuenta una gran diversidad de prácticas, de las que sólo una posición materialista —es decir, que considere el criterio de la práctica— puede dar cuenta. Esto es así porque una posición materialista no presupone un centro del proceso de estructuración, es decir, no postula un término trascendental (llámese esencia, dios, etc.) que sería el que hiciera posible al sistema; más bien considera el juego de diferencias a la multiplicidad de contradicciones mutuamente condicionantes. A falta de esa posición materialista, Lévi-Strauss plantea un centro trascendental a sus estructuras: el espíritu humano, que está siempre más allá de todo análisis. Dice que cada mito es una matriz de transformaciones, que cada matriz remite a otra y cada mito a otros mitos; como último término de esta serie de remisiones está siempre el espíritu humano:

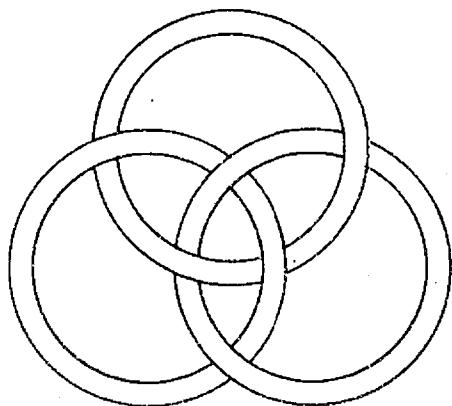
Y si se pregunta a qué último significado remiten esas significaciones que se significan una a otra, pero que a fin de cuentas es sin duda necesario que remitan todas juntas a alguna cosa, la única respuesta [...] es que los mitos significan el espíritu que los elabora en medio del mundo del que forma parte él mismo. (Lévi-Strauss 1968:334.)

Y esto no es privativo de los mitos, pues piensa que “si el espíritu humano aparece determinado hasta en sus mitos, *a fortiori* deberá estarlo en todas partes”. (Ibid.: 20.)

En lugar de referirse a objetos y sujetos formados por contradicciones, Lévi-Strauss —y en general el estructuralismo— piensa en términos de oposiciones sistemáticas entre objetos o sujetos plenamente constituidos y exentos de contradicciones, que se mantienen en un sistema cuyos límites y equilibrio interno son establecidos por un sujeto trascendental.

El binarismo, es decir, el pensar todo en términos de oposiciones, es una de las ideas preferidas de Lévi-Strauss y del estructuralismo. A partir de Saussure todo se piensa en función de oposiciones entre dos y solamente dos términos. Por otro lado, en la semiótica de Peirce las oposiciones son

entre tres términos (índice-ícono-símbolo, legisigno-sinsigno-cualisigno, rema-dicente-argumento, etc.). Lacan ha retomado esta idea de relación triádica en la que los términos no mantienen entre sí relaciones duales y la ejemplifica con la siguiente figura (Lacan 1970):



La estructura de este nudo es tal que la ruptura de uno de sus componentes desarticula los dos restantes. Esta es la forma en que Peirce concibe las relaciones entre signo, objeto e interpretante; si esas relaciones triádicas se convierten en binarias las llama degeneradas. (Peirce 1974:25-38).

Que los objetos puedan describirse y explicarse sobre una base binaria o ternaria es algo que remite siempre a las posiciones filosóficas del investigador, pues esas categorías, más que del objeto, a él le pertenecen. Barthes, por ejemplo, confiesa su amor por la idea del binarismo:

Durante un tiempo, se entusiasmó por el binarismo; el binarismo era para él un verdadero objeto de amor. Le parecía que nunca se llegaría a explotar hasta el fin esa idea. Que se pudiese decir todo con una sola diferencia le producía una especie de dicha, un asombro continuo. Como las cosas intelectuales se parecen a las cosas del amor, en el binarismo lo que le gustaba era una figura. Esta figura la encontró de nuevo, más tarde, idéntica, en la oposición de los valores. Lo que habría de desviar (en él) la semiología fue primero su principio del goce: una semiología que ha renunciado al binarismo ya casi no le atañe. (Barthes 1978:57.)

La entrada del sujeto como algo exterior al sistema es también consecuencia del planteamiento de Saussure, en quien está presente toda la tradición filosófica idealista: al establecer la posibilidad de una separación del significante y el significado, deja abierta la vía para que se considere al significado como algo preexistente a su realización en el significante.

La presencia del sujeto "libre", como dice Corvez, está dada desde la definición misma de lengua. En el *Curso*, Saussure da dos formas de definirla, una que puede caracterizarse como intensiva y la otra como extensiva. La primera enuncia sus propiedades: "La lengua es la parte social del lenguaje, exterior al individuo quien por sí solo no puede crearla ni modificarla" (p. 53). En esta definición se opone la lengua al habla. La segunda pone a la lengua en relación con otros objetos: "La lengua es una institución social; pero se distingue por varios rasgos de las otras instituciones políticas, jurídicas, etc." (60).

La lengua, pues, se define por un lado oponiendo el sistema a sus actualizaciones o procesos; por otro lado oponiendo un sistema a otros sistemas. Su especificidad se apoya en la exclusión del campo de la lingüística tanto del habla como de todas las demás instituciones; así, la semiología tendrá por objeto todas las instituciones semiológicas: "la escritura, el alfabeto de los sordomudos, los ritos simbólicos, las formas de cortesía, las señales militares, etc." (Ibid.).

Es la oposición lengua/habla la que permite la entrada del sujeto, del subjetivismo, de la concepción de la creatividad individual. Si la construcción del concepto de lengua posibilitó el nacimiento de la lingüística como ciencia, el habla, que no es un concepto científico sino una noción ideológica, ha constituido el principal obstáculo para su desarrollo, pues es un obstáculo concebir al sujeto como punto de partida, como origen de la significación (Pêcheux 1971). La lingüística, por otro lado, se ha concebido como una ciencia monolítica, cuando en realidad se trata de un conjunto de disciplinas con diferentes grados de autonomía: la fonología, la morfología, la sintaxis y la semántica. Sus grados de desarrollo son desiguales, pues la que trata de la

significación, es decir, la semántica, es la menos autónoma y la menos desarrollada. Es precisamente en la semántica, punto de intersección de las contradicciones referentes al individuo y a la sociedad, donde la autonomía relativa de la lingüística encuentra sus límites. Por lo tanto, como lo señala Pêcheux (1975a y b), hablar de una semántica interior a la lingüística —como lo hacen tanto la corriente estructural como la generativa—, la cual estaría sostenida por una lógica universal y ahistórica, no es sólo teóricamente discutible sino que además es fuente de dificultades insuperables, sin hablar de su vinculación con un proyecto ideológico ya claramente identificado.

La contradicción principal de la semántica, es decir, la que existe entre la norma impuesta por el sistema y la libertad del sujeto hablante, no podrá alcanzarse mientras se sigan utilizando solamente los procedimientos provenientes de la fonología —rasgos mínimos, semas, *semantic markers*, etc.—, es decir, mientras la investigación continúe en el marco empirista y formalista que no toma en cuenta los procesos ideológicos y los procesos inconscientes. Por lo tanto, es necesario un cambio de problemática, un cambio de terreno: es necesario entrar en el campo de lo discursivo, lo cual presupone una posición materialista.

Al ser la semiología una extensión de los métodos de la lingüística a otros dominios, también ella está dominada por la misma contradicción. En la semiología se encontró que los significados lo eran siempre por y a través de la lengua; con esto en mente, la investigación se convirtió en una obsesión en construir modelos para cada sistema; no obstante, esos modelos sólo eran útiles en sistemas simplemente determinados, productos de una contradicción simple. Esos sistemas son ideales, no existen, pues todos los sistemas sociales están siempre compuestos de diversas prácticas, cuya interrelación está en constante cambio. Los sistemas reales son múltiplemente determinados. Al no tomar en cuenta la multiplicidad, la semiología puede convertirse también en un formalismo estéril y sus modelos nunca pueden aplicarse.⁴

⁴ Otros autores han usado los conceptos de semiología y semiótica con

La rígida división de la lingüística —y de la semiología— entre estructura y acontecimiento, entre sistema y proceso, impide el desarrollo de la idea de que la significación se establece por medio de un proceso de diferencias que no es estático, sino en constante articulación con nuevos significados a través de la cadena significante. Al ser ésta la que produce los significados —y no los significados los que existen previamente— el lenguaje se convierte en una productividad sin fin. Voloshinov adelantó algunas conclusiones sobre estos puntos. Para él la palabra siempre se concretiza en un contexto histórico real, y esos contextos se encuentran siempre “en un estado de constante tensión, o de incesante interacción y conflicto” (101). El acto de habla, el enunciado, no es un fenómeno individual que pueda explicarse por la psicología del hablante; el enunciado es un fenómeno social. Por lo tanto, hace la distinción entre significado y significación o tema: la significación es del enunciado, es “el límite real más alto de la significación lingüística”; en realidad sólo el tema significa. El significado —que es el de los diversos elementos que integran el enunciado— es el límite más bajo y “en el fondo no significa nada;

sentidos diferentes a los que aquí se critican. Entre ellos, destaca particularmente Hjelmslev, para quien una semiótica es “una jerarquía, cualquiera de cuyos componentes admite un análisis ulterior en clases definidas por relación mutua, de modo que cualquiera de estas clases admite un análisis en derivados definidos por mutación mutua” (1974:150). Esta definición formal evita que el estudio se centre en la lengua, pues el objeto de estudio es cualquier estructura análoga a la lengua; la lengua es sólo un caso especial de este tipo de estructuras. En Hjelmslev no son sinónimos semiótica y semiología, pues esta última es un sistema cuyo objeto de estudio es una semiótica no científica; es decir, una semiología es un tipo de metasemiótica.

Sin embargo, a pesar del rigor, algunas de las tesis hjelmslevianas, como la siguiente: “parece fructífero y necesario establecer un punto de vista común a un gran número de disciplinas [...] de modo que desde él se concentren esas ciencias en un planteamiento de los problemas definido lingüísticamente” (153), o el intento de “erigir la lingüística, en su sentido más amplio, como semiología, sobre una base inmanente” (152), pueden dar, y de hecho han dado lugar a que se vuelva a colocar la lingüística como guía y modelo ya que la semiología es la lingüística en un sentido más amplio— en el estudio de campos tan dispares como el cine o la moda o en otros más aún, y se intente buscar en todos ellos una doble articulación, por ejemplo.

sólo posee potencialidad, la posibilidad de tener un significado dentro de un tema concreto" (129).

4. MARCO PARA EL ANÁLISIS DEL DISCURSO. Todos los fenómenos de significación, es decir, todos los discursos, siempre se encuentran manifestados en una cierta materia o sustancia. Como la producción de la significación es social, o sea, no puede separarse de los mecanismos del funcionamiento social, en el que son muy importantes el orden de lo ideológico y el orden del poder, entonces el análisis del discurso necesariamente tendrá que atender a estos dos aspectos. Ni lo ideológico ni la cuestión del poder se refieren a un nivel particular o a una instancia de la sociedad o a un tipo determinado de materia significante; más bien ambos atraviesan completamente las formaciones sociales. Esto quiere decir que si en una formación social determinada nada es ajeno a la significación, lo discursivo estará en todas partes. (Verón 1978a:7.)

Pero no puede identificarse discurso y habla, o discurso o hechos de lenguaje, como lo hacen los teóricos de la enunciación. El habla (*parole*) de Saussure es la manifestación lingüística de una intención de comunicar que supuestamente depende de la decisión subjetiva del hablante; el discurso, por el contrario, tiene un lugar en el mundo de los actos ordenados y se extiende fuera de la intención subjetiva. A diferencia del habla, el discurso se caracteriza por tener una normatividad y un estatuto institucional que, también, a diferencia del habla, lo hacen susceptible de un análisis teórico.

Como todo discurso, los discursos cuya materia es lingüística están también múltiplemente determinados; por lo tanto, no puede analizarse un texto oral o escrito con la sola consideración de que es una serie de enunciados que remiten al sistema de la lengua, pues ese texto, como lugar de manifestación de las distintas determinaciones sociales no es un objeto homogéneo, sino un objeto plural, punto de cruce de varios sistemas diferentes y heterogéneos. Los textos, en resumen, no son lineales, su lectura lineal es sólo una de las posibles; lo lineal en el lenguaje —una de las

hipótesis básicas de Saussure— es uno de los aspectos que hay que ver como problema, no como resultado, pues se toma como un dato incuestionable aun en procesos cuya secuencia temporal no es tan clara como en los literarios. Sobre la linealidad del lenguaje dice Verón:

Más allá de ese principio, que ha tenido importancia histórica, es evidente que todo método de análisis del discurso que proceda a una descomposición de los textos en unidades mínimas de naturaleza canónica, para agruparlos en clases de equivalencias, es una negación de la naturaleza material del significado y trata al discurso como una banda continua unidimensional. (Verón 1978b:103.)

Todo discurso mantiene una relación con un esquema discursivo previo, que se extiende fuera del discurso individual y que es capaz, como esquema del mundo simbólico de los actos, de orientar tanto la producción como la circulación y recepción del discurso. Este esquema discursivo es lo que regula el carácter obligatorio que conduce del mundo de la acción simbólica al de la acción concreta. Los discursos poseen un esquema subyacente y se realizan en las instituciones de la acción simbólica, que tienen por condición y condicionan al mismo tiempo una cultura dada. Los discursos literarios y artísticos en general poseen una peculiaridad, es decir, su especificidad: al escapar en mayor o en menor medida a esos esquemas previos, al evitar lo lineal por medio de la acentuación de su materialidad, son simultáneamente discurso y antidiscurso, es decir, son al mismo tiempo instrumentos de la ideología y elementos de impugnación, de resistencia a la ideología. Sobre este punto tendré oportunidad de extenderme en otro lugar.

Veámos antes que es la cadena significativa la que produce los significados. Sin embargo, esa productividad no es ilimitada, pues es necesario fijar ciertas posiciones de manera que pueda constituirse un “yo” que pueda expresarse. Generalmente la lingüística no considera la cuestión de la constitución del sujeto que habla; simplemente se asume como usuario del lenguaje. Este usuario es el sujeto tras-

cidental siempre presente en toda práctica humana, de acuerdo con toda la tradición filosófica. Si hay un sujeto que sólo "usa" la lengua para comunicar unos significados que existen previamente, es evidente que eso anula toda productividad posible. Pero, sin embargo, hay en Saussure un elemento que indica esa capacidad productiva: es el concepto de diferencia.

El concepto de productividad implica que es el juego de diferencias de la cadena significante la que produce los significados; es el sujeto hablante, sujeto producido en este movimiento de productividad, quien proporciona la fijación de esta relación. El hombre se construye en el símbolo, no es previo ni trascendente. (Coward/Ellis 1977:23.)

Benveniste retoma en 1958 ese elemento de Saussure y postula que el hombre se constituye como sujeto "en y por el lenguaje". Dice que "la subjetividad es la capacidad del hablante de plantearse como sujeto [...] Esa subjetividad es la emergencia en el ser de una propiedad fundamental del lenguaje: es ego quien dice ego" (Benveniste 1972:180-181). Es la posición del sujeto hablante como "yo" del discurso la que fija la relación entre significante y significado y la hace aparecer como necesaria y hasta como natural.

Es en el análisis del relato donde la semiología muestra sus límites. Ya hemos visto que, en tanto que estructuralista, la semiología no da cuenta del proceso de producción de los discursos. Sus métodos en gran medida se limitan a la observación y a la clasificación. Pero no puede suscribirse totalmente la afirmación de Benveniste de que el estructuralismo "no dice absolutamente nada de lo que llamamos significación" (1977:37), pues su aporte en este sentido es haber mostrado que el significado es un efecto, es decir, es producto y no origen. Para ver el proceso de producción es necesario tener bien claro cuál es el producto; por esto la etapa semiológica es un antecedente obligado del análisis del discurso.

Uno de los aspectos claves de la semiología es la consideración del discurso como un mensaje, influencia de la teo-

ría de la información. Esto inhibió su desarrollo pues no permite incluir los procesos ideológicos y los inconscientes. De lo que se trata en el análisis del discurso es de

pensar los lugares que el sujeto ocupa en su discurso, así como de las representaciones de las que es soporte [...] Pensar la inscripción de la ideología y del inconsciente en el discurso es indispensable si tratamos de abandonar los límites de un estructuralismo ya recuperado por la institución escolar y los bastiones más tradicionales de la universidad, en tanto que refuerza por sus exclusiones de principio un discurso didáctico que censura los aportes freudiano y marxista. (Adam/Goldenstein 1976:252.)

La aplicación del esquema de la comunicación propuesto por Jakobson a los hechos literarios presupone la existencia privilegiada de un emisor, que no es más que una variante del sujeto creador.⁵ Este esquema refuerza la idea de que el significado existe previamente a su realización: existe en el emisor. Pêcheux prefiere hablar de discurso en lugar de mensaje ya que no se trata necesariamente de una transmisión de información entre dos puntos de una cadena comunicativa (A y B), sino más bien de la producción de un "efecto de significado" entre ellos. A y B designan "no la presencia física de organismos humanos individuales", sino "lugares determinados en la estructura de una formación social" (Pêcheux 1969:18). Lo que funciona en el proceso discursivo, añade, es una serie de formaciones imaginarias que designan el lugar que A y B se atribuyen cada uno a sí mismo y al otro. Esto se relaciona con lo que dice Benveniste sobre cómo el lenguaje como institución constituye al individuo como sujeto hablante, y de que el sujeto se define por relación al otro en función de los lugares posibles en el discurso.

⁵ Hablar de comunicación, de acuerdo con quienes postulan una semiología de la comunicación equivale a considerar los procesos significativos como voluntarios y conscientes. Pero ya Freud ha hablado de procesos involuntarios e inconscientes que también significan. No obstante, es posible hablar de comunicación siempre y cuando se considere que entre locutor e interlocutor siempre hay conflictos, relaciones afectivas, relaciones sociales, de dominio, etc., de los cuales la lengua, el código, no puede dar razón. (Cf. Calvet 1975:86-88.)

En el análisis del relato está siempre presente la noción de emisor-autor. El propósito de estos análisis es mostrar o descubrir relaciones narrativas aplicables a todas las narraciones posibles. Lo que se buscaba, al menos en una primera época, era la fijación de un significado y la localización de un origen del texto, un centro de estructuración. Al querer aplicar este método a textos no realistas se encontró que era inoperante, pues en estos textos hay múltiples significados porque hay un mayor trabajo en su aspecto material. Ahí se demostró que no hay que buscar la estructura, el producto, el significado, sino el proceso de estructuración, el proceso de significación.

Barthes en *S/Z* se propuso no encontrar el significado último sino restituir la pluralidad del texto. En sus propias palabras:

Se trata, en efecto, no de manifestar una estructura, sino, en la medida de lo posible, de producir una estructuración [...] se trata de superar el estatismo de la primera semiología, que precisamente intentaba hallar las estructuras, las estructuras-productos, los espacios de objetos en un texto, para descubrir lo que Julia Kristeva llama una productividad, es decir, un trabajo, una ramificación en el infinito permutativo del lenguaje. (Bellour 1973:102.)

En *S/Z* Barthes analiza una pequeña novela de Balzac, texto límite entre la escritura realista y la no realista; en este libro, "Barthes revela al realismo como una práctica social de representación que explota la pluralidad del lenguaje en forma limitada" (Coward/Ellis 1977:46). En el realismo se trata al significante como idéntico a un significado preexistente, y el lenguaje se trata con idéntico al mundo real, "lo que importa a la escritura realista es [...] ser equivalente a la realidad, imitarla. Esta 'imitación' es la base de la literatura realista" (Ibid. 47). Es en el realismo en el que se naturaliza lo arbitrario del signo; la identidad entre significante y significado que el realismo establece es condición para la clave del realismo: la verosimilitud; hace creer que en la narración es la propia realidad la que habla. Por lo tanto:

el realismo tiene dos rasgos básicos: mimesis, la imitación de la realidad basada en la fijación de una identidad entre significante y significado, y la estratificación de los discursos alrededor de éste [del significado] lo cual sitúa al sujeto en el lugar de control. (Coward/Ellis 1977:51.)

Barthes demuestra que un texto como el de Balzac perturba las posiciones de las que dependen las representaciones de la sociedad burguesa de su tiempo. Sin embargo, en este tipo de textos límite sólo se pone en evidencia que esas posiciones existen; para revelarlas se requiere el concurso de otras disciplinas, principalmente el psicoanálisis y el materialismo histórico: el psicoanálisis muestra cómo se construyen las posiciones del sujeto por medio de la interacción de las pulsiones y lo social; muestra también cómo el acceso al lenguaje es un momento crucial en la formación del sujeto capaz de participar en los procesos sociales. El materialismo muestra que la posición es una necesidad del proceso social formado por la articulación de las prácticas económica, política e ideológica.

Barthes muestra en su análisis estos determinantes, razón por la que Kristeva lo caracteriza como "el precursor y fundador de los modernos estudios de literatura, precisamente porque situó la práctica literaria en el entrecruzamiento del sujeto y la historia" (1974:78). Y en oposición a un estructuralismo centrado en el sujeto trascendental, "en oposición a un estructuralismo que busca en el mito 'las estructuras permanentes del espíritu humano' [...] Barthes busca a través del fenómeno discursivo su sobredeterminación social e histórica" (92).⁶

⁶ Pero no hay que tomar S/Z como la postulación de un método superior de análisis; tal vez ni siquiera podría hablarse de método: "No creo —y no deseo— que mi trabajo tenga el valor de un modelo científico susceptible de ser aplicado a otros textos, o en todo caso serían las propias deformaciones del método las que resultarían fecundas. Es a un nivel más modesto, no metodológico sino didáctico, que este comentario puede tener algún porvenir. Por ejemplo, a título provisional, podría facilitar la enseñanza —y digo provisional, ya que nada indica que se deban continuar 'enseñando la literatura'—, no un modelo sino una posibilidad de liberar la explicación, de hacerla entrar en el espacio de la lectura y de abrir en la enseñanza un derecho total de símbolo". (Bellour 1973:110.)

Por lo tanto, y de acuerdo con Pêcheux, podemos postular que el marco epistemológico para el análisis del discurso se sitúa en la articulación de tres regiones del conocimiento: 1) el materialismo histórico como teoría de las formaciones sociales y sus transformaciones, incluyendo la teoría de las ideologías; 2) la lingüística como teoría de los mecanismos sintácticos y los procesos de enunciación; 3) la teoría del discurso como teoría de la determinación histórica de los procesos semánticos. Estas tres regiones están atravesadas y articuladas por medio de una teoría de la subjetividad que es de naturaleza psicoanalítica. (Pêcheux 1975b:8.)

En lo que sigue trataré de indicar brevemente algunos puntos referentes a la teoría de las ideologías y del inconsciente, en relación con el sujeto y la significación.

5. EL MATERIALISMO HISTÓRICO Y EL PSICOANÁLISIS. SU CONTRIBUCIÓN AL ANÁLISIS DEL DISCURSO. La teoría del materialismo histórico o teoría de las formaciones sociales considera dentro de cada modo de producción al menos tres distintos tipos de prácticas: la económica, la política y la ideológica. Cada una de ellas está constituida por elementos que se proporcionan unos a otros sus respectivas condiciones de existencia. Es la práctica ideológica la encargada de producir las posiciones que hacen que los sujetos actúen dentro de la totalidad social.

Por ideología, en el sentido amplio, se entiende la manera en la cual el individuo vive activamente su papel dentro de la totalidad; por lo tanto, la ideología participa en la construcción misma del individuo. La ideología es una práctica que opera con representaciones y que produce ciertos significados; al mismo tiempo, produce los sujetos necesarios como soporte de esos significados. Lo que se produce por medio de la práctica ideológica es la base de la actividad del sujeto, es decir, las posiciones de sujeto y las condiciones de su coherencia frente a la sociedad que es siempre contradictoria. Las representaciones ideológicas hacen creer que:

todo "sujeto" —dotado de una "conciencia" y creyente en las "ideas" que le inspira su "conciencia" que libremente acep-

ta— debe *actuar* conforme a sus *ideas* e inscribir en los actos de su propia práctica material sus propias ideas de sujeto libre. (Althusser 1974a:128.)

La existencia de sus ideas es material en cuanto sus ideas son actos materiales insertos en prácticas materiales normadas por rituales, definidos éstos por el aparato ideológico del cual derivan las ideas de este sujeto. Esto quiere decir que el sujeto actúa en tanto que es “actuado”, pues la ideología que existe en un aparato ideológico prescribe los actos materiales para los sujetos, aunque estos crean actuar libremente de acuerdo con su conciencia. O sea:

la ideología “funciona” o “actúa” de tal suerte que “recluta” sujetos entre los individuos (los recluta a todos) mediante la precisa operación que llamaremos interpelación. (Ibid.: 132.)

La ideología produce al sujeto, es decir, lo produce como el lugar donde se realiza un significado específico. Todos los individuos reciben como evidente el significado de cada enunciado o de cada acontecimiento: es la ideología la que designa a la vez lo que es y lo que debe ser; es la ideología

la que da las evidencias por las cuales “cada quien sabe” lo que es un soldado, un obrero, un patrón, una fábrica, una huelga, etc., esas evidencias que hacen que una palabra o un enunciado quieran decir lo que dicen, y que enmascaren así en la transparencia del lenguaje, lo que llamaremos el carácter material del significado [...] El carácter material del significado, enmascarado por su evidencia transparente para el sujeto, reside en su dependencia constitutiva respecto al todo complejo de formaciones ideológicas. (Pêcheux 1975a: 144.)

El funcionamiento de la ideología como interpelación de los individuos en sujetos (en sujetos de su discurso) se realiza por medio de ese “todo complejo de formaciones ideológicas”, y proporciona a cada sujeto “su realidad”, en tanto que sistema de evidencias y de significados percibi-

dos, aceptados y sufridos (*Ibid.* 147). En resumen, los significados no existen antes de su realización, y ésta está determinada por las posiciones ideológicas puestas en juego en los procesos sociales e históricos en que se producen los discursos.

La ideología es, entonces, una práctica, con un papel y una efectividad específicos en cada formación social, una práctica que actúa a través de ciertas instituciones materiales: la escuela, la religión, el derecho, la moral, la sexualidad, las bellas artes, la literatura, etc.⁷ La ideología opera poniendo al individuo en el centro de la estructura, haciendo del sujeto el lugar donde se realizan los significados: el sujeto aparece así como el origen de su propia actividad, como responsable de ella y de sus consecuencias.

Que los individuos sean activos como agentes de las diferentes prácticas es un hecho que no puede negarse; pero como agentes, no son sujetos "libres" sino que actúan

en y bajo las determinaciones de las formas de existencia histórica de las relaciones sociales de producción y de reproducción[...] Todo individuo humano, es decir social, sólo puede ser agente de una práctica social si reviste la forma de sujeto. (Althusser 1974b:76.)

Toda la tradición filosófica ha utilizado la concepción llamada humanista para explicar la historia y la sociedad a partir de la esencia humana, del sujeto libre, de la libertad, etc., pero, como señala Althusser, la ciencia de la historia sólo pudo fundarse "a condición de romper con la pretensión teórica de todo humanismo de este género" (1977: 190). Y esto es así porque no se puede

pensar la historia real [...] como susceptible de ser reducida a *un* Origen o a *una* Causa (aunque sea el Hombre) que sería su Sujeto —el Sujeto; este "ser" o "esencia" planteado como identificable, vale decir existente bajo la forma de la

⁷ Hablo de institución tal como entiende este concepto el análisis institucional: todo lugar donde se reproducen las relaciones sociales vigentes en una determinada sociedad, pero también campo de intervención, lugar de lucha, que lo hacen susceptible de transformar esas relaciones sociales.

unidad de una *interioridad* y (teórica y prácticamente) *responsable* [. . .] capaz por tanto de rendir cuentas del conjunto de los fenómenos de la historia. (Althusser 1974b:78-79.)

No me es posible profundizar en los conceptos del materialismo histórico —que necesariamente conducen a las tesis del materialismo dialéctico— que están relacionados con este problema. Importa, para los propósitos de este escrito, precisar que el sujeto no es anterior a las relaciones sociales siempre contradictorias, sino que se construye en ellas. Pero se requiere también estudiar la manera en que participa la adquisición del lenguaje y la entrada del individuo en el mundo social en la construcción del sujeto y, por lo tanto, en la elaboración de una teoría del discurso. Para ello se requiere la participación del psicoanálisis o teoría del inconsciente.

Lacan demuestra que la construcción del sujeto en el lenguaje se realiza por medio de un proceso en el que es esencial la identificación originaria de sí mismo como un todo unificado. Para Lacan, la constitución del sujeto usuario del lenguaje es el mismo proceso por el cual se construye el yo. En la constitución del sujeto ocupa un lugar primordial el significante, es decir, “el conjunto de elementos materiales del lenguaje, vinculados por una estructura” (Rifflet-Lemaire 1979:77).

El proceso de constitución del sujeto comienza desde antes de su nacimiento: desde entonces el individuo está ya sujeto a la estructura por medio del discurso, pues

el sujeto, si puede parecer siervo del lenguaje, lo es más aún del discurso en el movimiento universal del cual su lugar está ya inscrito en el momento de su nacimiento, aunque sólo fuese bajo la forma de un nombre propio. (Lacan 1978: 181.)

Para nuestros propósitos, la importancia de los desarrollos de la teoría psicoanalítica llevado a cabo por Lacan y su grupo radica en que han analizado la determinación del sistema simbólico en la constitución del hombre en la historia y en las formaciones ideológicas; entre la ideología y la

simbolización hay una estrecha relación pues las relaciones simbólicas se manifiestan siempre dentro de una determinada formación ideológica.

En la historia individual del sujeto hay dos momentos dominantes por medio de los que encuentra su lugar en el proceso de significación. Estos son el estadio del espejo y la etapa del Edipo. En un primer momento, antes de que ocurran estas etapas, el niño se encuentra dominado totalmente por las pulsiones; poco a poco, por medio de las limitaciones que le impone la organización familiar y la sociedad, esas pulsiones se restringen. En este momento, el niño no se diferencia de lo externo, es decir, no tiene la noción de su cuerpo unificado y diferente de lo que le rodea. Paulatinamente va adquiriendo conciencia de lo exterior al establecer conexiones y diferencias con los objetos y les atribuye estados de placer y displacer; con esto empieza a construir el mundo de los objetos y a construirse a sí mismo como diferente de esos objetos. Esto es lo que le da la posibilidad de significación. Como lo apunta Anika Rifflet-Lemaire, "la significación se origina progresivamente de un arreglo o disposición equilibrado y meditado de términos, que excluyen de sí otros inadecuados y evocan otros comparables" (82).

La distinción entre lo interior y lo exterior es particularmente importante, pues le proporciona la capacidad de simbolizar, o sea, de sustituir una realidad por un signo. La operación de simbolización es una operación de mediación por la cual el sujeto toma una distancia que le permite considerarse como distinto de lo que le rodea. Esto ocurre en el estadio del espejo.

El estadio del espejo, que según Lacan ocurre entre los seis y los dieciocho meses, puede dividirse en tres momentos: primero, el niño reacciona como si su imagen en el espejo fuera otro, de quien intenta apoderarse; sigue una etapa intermedia más o menos pasiva, para llegar a la última, en la que el niño reconoce en ese otro su propia imagen. Con este proceso se conquista la identidad del sujeto, se integra la imagen al propio cuerpo, operación decisiva en el proceso de constitución del sujeto. Antes de esta etapa, el niño

no ve en el otro, en la imagen del espejo o en la figura de la madre, más que algo con lo que se confunde y se identifica. El estadio del espejo coincide con el proceso de adquisición del lenguaje, es decir, con el acceso al orden simbólico:

El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el [niño], nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto. (Lacan 1978:12).

La etapa del Edipo —o del complejo de castración— completa por medio del establecimiento de diferencias el proceso iniciado en la fase del espejo, en el que se organiza la subjetividad por las mismas estructuras que el lenguaje (cf. Benveniste). El proceso por el cual el sujeto toma su posición en la estructura es el mismo de acceso al lenguaje: al llegar al lenguaje, el sujeto estará totalmente dominado por el orden simbólico. Es decir que la construcción del yo se realiza en el lenguaje. Al superar la fase del Edipo —al aceptar la ley del padre— el sujeto se encuentra inmerso en el orden social, en la cultura, la civilización y el lenguaje:

El Edipo está articulado en la forma de las instituciones sociales y del lenguaje, inconsciente en los miembros de la sociedad [...] El inconsciente edipiano es homólogo a estas estructuras simbólicas. El Edipo es el drama inconsciente de un hombre que debe convertirse en "sujeto", miembro de la sociedad, y que sólo puede lograrlo interiorizando las reglas sociales, ingresando sin dificultad en el registro de lo simbólico, de la cultura y del lenguaje. (Rifflet-Lamaire 1979:152.)

El inconsciente se produce, de acuerdo con Lacan, en el mismo movimiento en que el sujeto se produce en las relaciones simbólicas; la división entre una "conciencia" y una zona a la que la conciencia no tiene acceso —el inconscien-

te— es el precio que hay que pagar para convertirse en sujeto social: el inconsciente es el resultado de una escisión, pues el sujeto, al estar “mediatizado” por el lenguaje, se halla excluido de la cadena significativa al mismo tiempo que está representado en ella:

El sujeto experimenta una separación o escisión para poder encontrar un lugar significativo desde el cual representarse él mismo, aunque sea por medio de un sustituto [*stand-in*]. Para poder usar el lenguaje, es necesario que el sujeto se encuentre a sí mismo en el eje de la división significativa/significado, que tome una posición con respecto al significado. Esta toma de posición es posible después de la “escisión” inicial del sujeto para formarse a sí mismo como algo distinto del exterior. (Coward/Ellis 1977:105.)

Esto quiere decir que la escisión es la que produce al sujeto como capaz de estar en una relación fija con respecto al signo.

El inconsciente está compuesto de significantes; allí no hay lazos fijos entre significativo y significado, sino un continuo deslizamiento de un significativo a otro. Lacan establece que nunca se puede fijar una significación a un significativo, pues “de pretender hacerlo, de hecho no se logra nunca más que prender otro significativo a este significativo primero, que suscita una nueva significación, y así sucesivamente sin fin”. (Rifflet-Lamaire:191:192.)

Un significativo para significar debe referirse a una condición exterior a sí mismo; el significativo, lo simbólico, se imponen al hombre desde afuera, lo moldean y lo dirigen en el mundo social intersubjetivo de acuerdo con las leyes y normas. Este exterior es lo que Lacan llama el Otro, que es el lugar del significativo; el Otro es lo que completa la cadena de significantes y permite el acto de habla por medio de la situación del sujeto en una posición que hace posible el significado (Coward/Ellis:108-109); es por esto que Lacan dice que el inconsciente es el discurso del Otro, del otro del sujeto. La significación sólo es posible con la construcción del Otro como el lugar del significativo: las rela-

ciones simbólicas necesitan que el sujeto encuentre su lugar significante en las leyes de la cultura.

El Otro está en relación con lo que dice Althusser a propósito de la ideología religiosa, como extensión de su tesis central sobre la interpelación de los individuos: el Sujeto interpela a todos los individuos en tanto que sujetos,

el individuo es interpelado en tanto que sujeto (libre) para que se someta libremente a las órdenes del Sujeto, para que acepte (libremente) por tanto su sujeción [...] para que "cumpla por sí mismo" los actos y los gestos de su sujeción. (Althusser, 1974a:138.)

Se puede establecer, como resumen de esta sección, que el materialismo histórico y el psicoanálisis demuestran que el ser humano no puede considerarse como causa o como origen de los significados lingüísticos y culturales. El materialismo explica las determinaciones de la ideología, el psicoanálisis las del inconsciente: la noción de sujeto total, unificado, es insostenible por "la presencia errática y desviante del inconsciente, sin el cual la posición del sujeto no podría entenderse" (Coward/Ellis: 94). Esa presencia es la que hace del sujeto un nudo de heterogeneidades y de contradicciones.

6. PARA (NO) CONCLUIR. La necesidad de pasar de una teoría de la lengua —la lingüística— a una teoría del discurso se hace evidente al comprobar que no basta el conocimiento del código para explicar los discursos. La salida propuesta por las teorías de la enunciación de elaborar una lingüística del habla no es satisfactoria puesto que permanece dentro de una problemática subjetivista centrada en el individuo.

El razonamiento en que se basa la existencia de la semiología es el siguiente: la lingüística explica los hechos de lenguaje; los hechos de lenguaje constituyen uno de los fenómenos significativos; hay una disciplina que estudia todos los demás fenómenos que significan, esta es la semiología. Pero la premisa es falsa o, al menos parcialmente falsa: la lingüística no explica la significación de los hechos del lenguaje. Y esto por dos razones:

Por un lado, su visión de la comunicación, que hace de la lengua un código ahistórico, debe corregirse por medio de un retorno a la tradición marxista [...] Por otro lado, su ignorancia de la irrupción del sujeto en el signo, que debe subsanarse profundizando el camino hoy ilustrado por los trabajos de Lacan, Fonagy o Kristeva. Sólo bajo esta condición podrá ser constituida una lingüística que cubra todos los aspectos de la lengua. (Calvet 1977:39.)

El lenguaje es una práctica significante; las demás actividades que la semiología toma en cuenta son también prácticas significantes. La literatura o el discurso literario pertenece a este mismo género, su diferencia específica está dada por dos limitaciones del dominio: primero, está dentro de todas las prácticas cuya materia es el lenguaje; segundo, por su capacidad de salir de los esquemas discursivos previamente establecidos. Esto se debe a la acentuación sobre su materialidad, por el trabajo que en ella se realiza, que hace que se convierta en una máquina productora de significaciones.

El análisis estructuralista de la literatura constituyó un salto respecto a la tradición, pues evitó con su afán de cientificidad "el parloteo impresionista que vehicula la ideología de un idealismo trasnochado" (Adam/Goldenstein:95). Y sin embargo, a pesar del cambio se seguía en el mismo terreno: algunas de las nociones tradicionales reaparecían recubiertas con distintos nombres: este es el caso de la connotación. Este concepto, así como otros muchos que utiliza la semiología literaria pueden recuperarse para el análisis si se replantean en el marco de una teoría del discurso. Y lo mismo puede decirse de la retórica, pues

se ha demostrado que el instrumental retórico puede aplicarse a los discursos filosóficos, político y cinematográfico [...] En tanto que sustitución-concatenación de significantes, los tropos constituyen un campo privilegiado de puesta en evidencia en el lenguaje de las relaciones sujeto-soporte con la ideología y el inconsciente. (Adam/Goldenstein:163-164.)

Pasar de la semiología al análisis del discurso constituye

un cambio de problemática pues presupone que los procesos de significación y los procesos ideológicos están indisolublemente unidos; presupone la consideración de la ideología no como una difusa esfera de las ideas, sino como una práctica material: primero porque se produce y reproduce en instituciones concretas, y segundo porque produce relaciones fijas y posiciones en las que los individuos se representan a sí mismos, relaciones y posiciones que son fuerzas materiales en el proceso de la formación social. Presupone también considerar como una de las funciones de la ideología la de fijar al individuo como sujeto para ciertos significados, esto es, proporcionar al individuo una subjetividad al mismo tiempo que lo sujeta a la estructura social.

Por análisis del discurso se entenderá entonces la búsqueda de las significaciones incorporadas en la materia de la que está constituido el discurso. Estas significaciones fueron investidas en la materia por medio de un cierto trabajo social; por lo tanto, buscar esas significaciones equivale a hacer una descripción de este trabajo. Las operaciones de carga de significación están siempre subyacentes en el discurso, y se restituyen a partir de ciertas huellas o marcas presentes en la superficie. (Verón 1978a:9.)

Como un discurso, cualquiera que sea su materia, es el lugar de interacción de muchos sistemas de orden distinto—es un objeto heterogéneo y plural—, contendrá distintos tipos de huellas: ahí se encuentran entre otras las huellas del trabajo del inconsciente, las huellas de las condiciones sociales bajo las que fue producido, las huellas que remiten a la articulación de ese discurso con una cierta situación de poder, las huellas que remiten a “la vida y la obra” de su productor, etc.

El análisis de los textos literarios es, entonces, en primer lugar, el análisis de su aspecto material: la primera etapa será por lo tanto la investigación fonológica, morfológica y sintáctica. Esta etapa es particularmente importante en los textos literarios ya que este tipo de textos contiene una cantidad mucho mayor de trabajo que otros discursos con base lingüística. Para la semiología, los productos del análisis lingüístico constituyen el resultado: ya no hay más que

analizar. Y esta es la diferencia fundamental con respecto al análisis del discurso: para éste los productos de ese primer análisis no son más que el planteamiento del problema: se trata de investigar cómo ocurre el proceso de carga de significación en la materia de la lengua y de cómo descubrir en esa materia las huellas de los distintos determinantes.

Pero sobre todo, cambiar de una problemática semiológica a la de la teoría del discurso presupone un cambio de actitud hacia el discurso: se trata de

no resolver el discurso en un juego de significaciones previas, no imaginarse que el mundo vuelve hacia nosotros una cara legible que no tendríamos más que descifrar; él no es cómplice de nuestro conocimiento; no hay providencia prediscursiva que lo disponga a nuestro favor. Es necesario concebir al discurso como una violencia que hacemos a las cosas, en todo como una práctica que les imponemos; es en esta práctica donde los acontecimientos discursivos encuentran el principio de su regularidad. (Foucault 1973:44.)

CÉSAR GONZÁLEZ

Seminario de Poética
Instituto de Investigaciones Filológicas.

REFERENCIAS

- LOUIS ALTHUSSER. 1974a. "Ideología y aparatos ideológicos del Estado", en *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos de Pasado y Presente, México [1970].
- 1974b: "Observaciones sobre una categoría: 'Proceso sin sujeto ni fin (es)'", en *Para una crítica de la práctica teórica*, Buenos Aires, Siglo XXI [1973].
- 1977: "Tesis de Amiens", en *Dialéctica*, Escuela de Filosofía y Letras, UAP, Puebla [1975].
- J. M. ADAM y J. P. GOLDENSTEIN. 1976: *Linguistique et discours littéraire*, París, Larousse.
- ROLAND BARTHES. 1970: *S/Z*, París, Seuil.
- 1976: "Elementos de semiología", en *La semiología*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo [1964].
- 1978: *Roland Barthes por Roland Barthes*, Caracas, Monte Ávila [1975].

- RAYMOND BELLOUR. 1973: "Entrevista a Roland Barthes", en *El libro de los otros*, Barcelona, Anagrama. [1971].
- ÉMILE BENVENISTE. 1972: *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI [1966].
- 1977: *Problemas lingüística general II*, México, Siglo XXI [1974].
- LOUIS-JEAN CALVET. 1975: *Pour et contre Saussure. Vers une linguistique sociale*, París, Payot.
- 1977: "Sous les pavés de Staline la plage de Freud?", presentación de: Marx, Engels, Lafarge, Staline, *Marxisme et linguistique*, París, Payot.
- MAURICE CORVEZ. 1972: *Los estructuralistas*, Buenos Aires, Amorrortu [1969].
- ROSALIND COWARD y JOHN ELLIS. 1977: *Language and Materialism*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
- MICHEL FOUCAULT. 1973: *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets. (Lección inaugural en el College de France, 1970.)
- LOUIS HJELMSLEV. 1974: *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos.
- ROMAN JAKOBSON. 1975: "Ojeada al desarrollo de la semiótica", en *Plural* 48 y 49, México. (Ponencia al Primer Congreso de la Asociación Internacional de Semiótica, Milán. 1974.)
- J. JOYAUX. 1969: *Le langage, cet inconnu*, citado en Nattiez 1974.
- JULIA KRISTEVA. 1974: "Cómo hablar con la literatura", en *El proceso de la escritura*, Buenos Aires, Calden [1971].
- JACQUES LACAN. 1970: *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- 1978: *Escritos*, México, Siglo XXI [1966].
- CLAUDE LÉVI-STRAUSS. 1967: *Las estructuras elementales del parentesco*, Buenos Aires, Paidós [1949].
- 1965: *El totemismo en la actualidad*, México, Fondo de Cultura Económica [1962].
- 1968: *Mitológicas I. Lo crudo y lo cocido*, Fondo de Cultura Económica [1964].
- J.-J. NATTIEZ. 1974: "Pour une définition de la sémiologie", en *Langages* no. 35.
- MICHEL PÊCHEUX. 1969: *Analyse automatique du discours*, París, Dunod.
- 1971: "La sémantique et la coupure saussurienne: langue, langage, discours", en *Langages* no. 24.
- 1975a: *Les vérités de la Palice*, París, Maspero.
- 1975b: "Mises au point et perspectives à propos de l'analyse automatique du discours", en *Langages* no. 37.
- CHARLES S. PEIRCE. 1974: *La ciencia de la semiótica*, Buenos Aires, Nueva Visión (selección de *Collected Papers*).
- ANIKA RIFFLET-LEMAIRE. 1979: *Lacan*, Buenos Aires, Sudamericana [1970].

- FERDINAND DE SAUSSURE. 1978: *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada [1915].
- IVANKA STOIANOVA. 1978: "Semiología de la música y prácticas musicales actuales", ponencia al Seminario Internacional de Estudios de Creación Musical y Futuro, UNAM.
- JEAN THIBADEAU. 1974: "Entrevista a Roland Barthes", en *El proceso de la escritura*, ob. cit.
- TZVETAN TODOROV. 1976: *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Buenos Aires, Siglo XXI [1972].
- 1977: *Théories du symbole*, París, Seuil.
- ELISEO VERON. 1978a: "Sémiosis de l'idéologie et du pouvoir", en *Communications* no. 28.
- 1978b: "L'hibou", en *Communications* no. 28.
- VALENTÍN VOLOSHINOV. 1976: *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión [1929].